

Amaneció. Dos pájaros madrugadores volaron sobre la cabeza de Manuel. Éste alzó la frente y puso oídos á un rumor que venía del cortijo inmediato. Parecía viaje de caballerías herradas. Eran los segadores.

Caminaban despacio, con andadura acompasada, agujereando el suelo con sus ferrados zapatones. Bajas las frentes, curvados los hombros, receloso el mirar, pasaron por cerca de Manuel en silencio, sin un cantar, sin una voz. Los brazos bailoteaban al largo de los cuerpos, las hoces pendían en las fajas, siguiendo el vaivén de los hombros.

Manuel se puso en pie. Un sol de incendio enrojeció el espacio.

Al brillo de este sol, Manuel, erguido sobre una linde, con la hoz curva en la diestra, los pantalones de lienzo ceñidos hasta la rodilla por el correaje de la abarca, la camisa entreabierta, los rojos cabellos desmechonándose sobre la frente y las guías del bigote caídas contra el mentón, parecía uno de aquellos salvajes caudillos que abortaron las selvas para castigo y ruína de Roma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Tt. 1625 MONTERREY, MEXICO

María se incorporó en la cama al primer rayo de luz que transparentaron los vidrios. Tenía á su cargo una veintena de mujeres. Si no las despertaba á gritos seguirían durmiendo como unas marmotas. ¡Buenas gandulazas estaban!... ¡Así como así, les restaba floja tarea!... ¡Limpiar los graneros! ¡Palear y amontonar el trigo de la última cosecha!... ¡Recoser los sacos!... ¡Dejar las medidas limpias y relucientes tal que si el pino fuera esmalte y los aceros plata!... ¡Y todo con el tiempo tasado!

No hubo pereza en la hija de Juanón. De un salto abandonó la cama y quedó en pie, sobre las baldosas, con la camisa colgando de los hombros y la mata del pelo suelta. Fué descalza hasta el ángulo de la habitación, donde estaba el palanganero; empuñó el jarro lleno de agua, hizola caer en la jofaina de arabescos azules y comenzó á lavotearse.

Casi desnuda estaba, hecha la camisa rebujo sobre la cintura y el vientre. El agua jabonosa corría por su espalda, por su nuca, por la canal suave, abierta en sus duros pechos de virgen, por los sobacós, donde temblaban ricillos de azabache.

Metíanse los chorros de agua por entre los pliegues de la rebujada camisa, provocando en la moza estremecimientos cosquillosos que la obligaban á reir, enseñando los blanquísimos dientes, mientras sus manos enlucían los párpados con las espumas del jabón ó las embutían en los huecos de la nariz y en los dibujos de la oreja. Cuando se entreabrían los párpados, dejaban al descubierto dos brillantes pupilas negras; cuando se cerraban los labios sobre los blanquísimos dientes, se cerraban adelantándose en capullo rojo de carne, donde temblaba el beso.

Tras este lavoteo, vino el de piernas, muslos y pies, en la cubeta á tales oficios destinada. Caída totalmente la camisa, dejaba al descubierto la hermosa estatua de nogal, húmeda y palpitante al contacto del agua fría, que la muchacha, puesta en pie, volcaba contra su cabeza desde lo alto de un jarro. Saltaba el agua dentro de la cubeta con perlino rumor; estremecíase la mujer, riendo con reir más perlino aún que el del agua. Acabó ésta de caer. Algunas gotas temblaron y oscilaron, antes de abandonarla, sobre aquella flor viva que desprendía por la atmósfera del dormitorio olor de juventud.

Secó y reseco María su cuerpo; vistiólo con limpia camisa de hilo crudo, corta enagua sin almidonar, medias azules y alpargatas de cinta; abrochó á su cintura una falda y comenzó á peinarse frente á un espejillo de mano.

— ¡Ah, las gorrinazas, que sólo saben de agua por las lluvias y por los apuros de la sed!... ¡Bendita la madre que, desde niña, le enseñó á no ser como ellas!...

— Su madre había "servido", antes de casarse con Juanón, el aperador del cortijo. Había servido en casa de los amos; no de los amos de ahora, de los otros, de los duques, de los grandes señores, de los que vivían en Madrid. Aquéllos eran amos; no éstos de hoy, administradores antiguos de los duques, que, tras rechuparles la sangre, se apoderaron de su hacienda cuando vino la ruina. ¡Majagranzas!... ¡Hartos de ajo y cebolla!... Don Anselmo era peor que el más peor. ¿Y su mujer? Hasta las lentejas contaba antes de echarlas al puchero. De los hijos valía más no hablar. El mayorazgo tan ruin como el padre y tan cicatero como la madre. No eran para envidiadas la mujer y las crías del tal D. Lucas. A media ración andaban todos, menos él, en su casa. Pues ¿y el otro hijo, el estudiante eterno? Diez años corriendo Universidades, y calabacitas en todas. Con éste las pagaría D. Anselmo. No tenía el diablo por donde echarle mano: borracho, jugador, mujeriego... ¡Y con las mozas del lugar!... No dejaba una sin invite. Lo menos se pensaba que por tener mando y apalear billetes podía ser el garañón. ¡No tanto, D. Juanito, no tanto! ¡Lo que es con ella, naranjas de la China! Un día quiso propasarse y le hinchó las narices. ¡Con ella!... Ella sería...

...A este "ella sería...", los ojos de la hija de Juanón se tornaron dulces, los rojos labios acentuaron el frunce besador, y los brazos se tendieron en arco.

— Ella sería de quien ella quería ser; del hombre único que la hizo cosquillas en el alma. Se las hizo porque era un hombre de verdad; porque él sólo valía más que todos los Juanitos del mundo puestos en

ringlera. ¡Vaya con Juanito y su familiota!... Sólo había en ella una persona hecha pa gastar don: la señorita Julia. Y eso porque, al decir de las malas lenguas, cuando D. Anselmo era todavía administrador de los duques, la administradora dió un traspiés. Por gracia del traspiés á la casta ducal pertenecía, mitad por mitad, la señorita Julia.

A los otros amos, á los duques, sirvió, antes de casar con Juanón, la madre de María. Con ellos tué á Madrid y en Madrid aprendió de aseo y jabonadura diaria. Bien vino á la hija el aprendizaje de la madre, porque la evitó roña en la infancia y cascarrias en la juventud.

Metiendo y remetiendo el peine de anchotas y espaciadas púas en su cabellera rizada, fué María aliándola. Partióla después en tres matas; hizo con ellas trenza, y enroscó la trenza en espiral, dejándola caer encima de la nuca. Sujetó la espiral con dos agujones de alpujarreña filigrana y, sacando las patillas al largo de las sienes, remató su peinado.

Un justillo ciñó las líneas bravas de su cuerpo; un pañuelo de colores quedó anudado al talle, y una rosa prendida entre las negruras del moño. Contemplóse la mujer al espejo; sonrió satisfecha y, abriendo las vidrieras, se acodó en la ventana, sobre cuyo marco campeaba una enredadera de campanillas.

Cuatro leguas á la redonda extendíase la llanura, prisionera en un cinturón de montañas. Una de ellas, la más alta de todas, plateaba en los remates de sus cimas. Nieves eran perpetuas que inútilmente querían derretir los soles del estío.

Por cima del cortijo, sobre una alta y solitaria

roca, erguíanse un cuarteado torreón y unas viejas murallas. Eran las ruinas del castillo de los Enriquez.

Al centro de la llanura, en una pequeña ondulación, levantábase el pueblo rico, blanco, reluciente, agujereado por las torres de cinco iglesias, esmaltado con huertecillos verdes, empenachado con musulmanas azoteas. Los barrios pobres negreaban en la parte baja del montículo, á las márgenes de un arroyo, seco las más veces del año.

Foso estéril de guijarros y arena, sólo cuando los torrentes serranos arrastraban la nieve derretida en las cumbres, vivía aquel arroyo. Muy de tarde en tarde desbordaba inundando la vega, metiéndose, hecho mar, en las dos caserías divididas por él, asalándolas con ciega cólera, sin distinguir á la una de la otra, igualando al pueblo rico con el pobre en su fiebre de destrucción.

A los habitantes del pueblo rico pertenecía en propiedad, en usufructo ó en administración, el espacio enorme de kilómetros y kilómetros que los ojos negros de María iban recorriendo desde la ventana del cortijo.

Los del pueblo pobre no poseían nada; ni aun las zahurdas donde mordían el mendrugo y cabezaban el sueño. Todo era de los del pueblo rico. Suyos los bosques de naranjos que crecían en la parte baja del valle, al abrigo de los aires del Norte, transpirando esencias de azahar, dando al sol sus jugosas esferas de oro; suyos los granados de floración bermeja; las higueras de hoja ancha y fruto goteante de miel; los olivares extendidos por

las faldas serranas; los pinos que cubrían las cimas; suyos los rebaños de cabras, de ovejas, de carneros, que iban los pastores conduciendo de risco en risco, bajo el imperio del cayado y la protección del mastín; cuyas las reses bravas que pacían en las praderas, mostrando sus lustrosas pieles y su cornamenta homicida; suyos los potros sin domar que junto á los toros saltaban aguardando los chalaneos de la feria, como los toros aguardaban los lances del circo. Acaso el potro cerril, ya domado é inútil, y el toro bravo, saliendo ciego del chiquero, se toparan en alguna plaza; acaso los cuernos del toro se hundieran en el vientre del potro para divertimento de una multitud. ¿Qué sabía la multitud de aquellas dos bestias? ¿Qué le importaba de su antiguo vivir fraternal sobre una misma hierba, bajo la sombra de un mismo árbol!...

De los del pueblo rico eran también los planteles de remolacha; los centenos de grano cenizoso; los amarillentos cebadales; los trigales áureos; las vides esmeralda; las bodegas donde el fruto de las vides se transforma en mosto; las fábricas donde el trigo se vuelve harina; los molinos donde chorrea la oliva su aceite; los grandes almacenes donde se apilan los hacheados pinos ó se guarda el carbón que allá lejos, en los rincones de la sierra, quemaron hombres de negra faz y dientes marfileños de lobo.

Hacia los trigales fueron los ojos de la moza. Estaban aquéllos próximos al cortijo. Se veía á los segadores ir y venir entre las espigas formando media luna. Con los segadores faenaba el hombre de Maria. Por verle se asomó á la ventana. Tenía la certeza de que su hombre la distinguiría sobre el marco

de campanillitas azules, como ella le distinguía á él en medio de los demás obreros, sin confundirlo con ninguno, segando las espigas entre el polvo grisáceo que se elevaba de la tierra y el polvo rojizo que se desprendía del sol.

III

Los amos del cortijo tenían también faena larga. No era el asunto para menos. A la tarde llegaría con su familia el novio de Julia, que sería pronto marido. En busca suya fué Juanito. La noche antes salió con el *break* grande, arrastrado por cinco jacas andaluzas, que bebían los vientos. En manos del mozo, no á correr, iban á volar. Para esto de entender á las bestias se las pintaba solo. ¡Así entendiera á los maestros!

¡Ya vería, ya vería el futuro cuñado, cuando tomaran confianza y anduvieran cuatro semanas juntos, quién era Juanito González!

No precisan pergaminos y coronas condales para ser un perfecto *sportman*. Juanito lo era al natural, sin filiación en ningún club. No obstante ello, ¡que vinieran todos los socios de todos los clubs á competir con él!

Sable y espada en mano hacía juego á un profesor. En diez años que llevaba estudiando, no pareció por la clase una sola vez. En cambio, frecuentó por mañana y tarde las más famosas salas de armas. Era robusto y ágil; tenía rápida la vista y pronto el bra-

zo. ¡Ya necesitaba destreza quien tocara su chaquetilla!... De pistola no se hable. A los once años empezó á gastarla en su pueblo. Metía las cinco balas de un revólver en los puntos de un cinco de oros, y volcaba, á la voz de mando, cuantos monigotes le ponían enfrente. Mejor volcaría á un semejante de presentarse la ocasión. Con la escopeta no marraba pieza. ¿Eran pocas esgrimas? Pues gobernaba otra, en la que andan ayunos los señoritos de ciudad: la esgrima del cuchillo. No en balde corrió juergas donde los matones descollaban, traídos al olor de los billetes y el buen vino.

¿Quería más *sports* el señor conde, su futuro cuñado? Que viniera á la dehesa á echar piernas sobre un potro cerril, á detener y derribar un toro, á capearle y marcarle todas las suertes del toreo. Ya vería canela. De naipes, ¡bueno va! Algunos miles llevaban perdidos y ganados á toda clase de juegos, extranjeros y nacionales. En punto á mujeres:.. ¡Bah! ¡Bah! ¿Mujeres?... Aparte las vestidas de señoritinas, que no valen el *champagne* que piden, podía ofrecer mozas variles, sin madurar algunas, flores salvajes de la serranía y del llano, duras como riscos y humildes como ovejas. Unas miajas sucias andaban; pero, si el de la corte era amigo de esencias, en las bodegas de don Anselmo había vinos superiores. Lavando á las mozas con vino se ahorran los perfumes. El vino huele á gloria. De cuanto estudió quedáronle únicamente en el magín las fiestas griegas y romanas. ¡Y vaya, que mucho harían los griegos y latinos, pero en su bodega hubiera querido algunas veces verlos! ¡Aquello eran bacantes y sacer-

dotes del Dios gordinflón de los pámpanos y jume-
ras de ole con ole, con cante gitano y baile de lo
propio y carnes al aire y puñalaitas al salir!

¡Aún juraba su padre que no servía para nada!...
¡Lo que es no entender á los hombres! ¡Que desprecia-
riara, que despreciara al hijo!... Ya veríamos para
qué iba á servir el yerno, el señorito entrampado y
tieso, con los bigotes á lo kaiser. ¡Puede que!... En
fin... Allá sus padres, que á la vejez habían dado en
la flor de que les parieran nietos condes. ¡Valiente
necedad! Era en lo único que marchaba de acuerdo
con su hermano mayor, aquel Lucas que sólo daba
ración entera á las caballerías; y eso porque, de no,
se estropeaban y perdían fuerzas en el trabajo y
valor en la feria.

Juanito sonreía dando trallazos con la fusta á las
jacas y sujetando el marsellés contra su cuerpo, tra-
jeado con chaquetilla de hilo, abiertos calzones de
pana y botas de cuero con polaina de pespuntes y
correillas. Un ancho cordobés rozaba su cogote, de-
jando los tufos al libre en aquel rostro pícaro, en
cuadrado por unas patillas jerezanas.

Aguardaba Juanito el expreso, chateando con
unos viandantes en la cantina próxima á la estación
y andaba revuelto el señorío del cortijo para recibir
á los forasteros.

Dofia Teresa, recordando sus primitivos oficios
de cocinera y ama de llaves, corría de la cocina á la
despensa y de ésta á la cocina, preparando por sí
propia lo más, dirigiendo lo que por falta de manos
ó de tiempo no podía ella hacer. Media docena de
mujeres desplumaban pollos, deshollaban lechales y

33014

abrían en canal gorrinillos; otras limpiaban y relimpiaban platos, cacerolas y fuentes.

Mientras las criadas cumplían estos menesteres, doña Teresa descolgaba y sacaba de la despensa el serranó jamón, los chorizos grasientos, las morcillas panzudas, los quesos en aceite, las orzas de miel, los pucheros de arrope, las latas de conserva, los tarros de dulce. ¡Iban á chuparse los dedos! Ella sabía regatear un céntimo, escatimar una hebra de hilo, ahorrar un garbanzo; pero sabía también echar la casa por la ventana cuándo llegaba la ocasión; y había llegado, y no por una ventana, por todas, saldría la casa si ello era menester.

Al servicio de mesa no había reparos que poner. Comerían como en Palacio, con mantelería adamsada y vajilla de plata y cubiertos del mismo metal. Tampoco faltarían los tenedorcitos y cucharillas y cuchilletes de oro para el postre. De cristal bohémio eran vasos y copas; de la más rica porcelana las tazas de café. A los duques pertenecieron antes de arramblarlas Anselmo. Aún, aún, no obstante las raspaduras y retoques, se echaba de ver en algunos platos la corona ducal.

Los vinos... Juanito estaba al cargo de ellos. Con la bodega bien provista y con Juanito en la bodega, sólo había un peligro: que Juanito se excediese en las probaturas y llegara curda al comedor. ¿Y qué? Tenía el vino alegre, no se propasaba con nadie; á medios pelos era la gracia andando. Aquel granuja constituía la debilidad de Teresa. Véase retratada en él; fiel trasunto era de ella, de la hembra pícara, que se entró por Madrid, sin otro equipaje que su

empaque de buena moza, sin otra recomendación que su desparpajo y sus diez y ocho abriles.

Julia se encargó de preparar las habitaciones de los huéspedes. A más de la condesa y su hija, vendría Lucas, el hermano mayor, con la mujer y la cuñada y las dos niñas. ¡Lástima de su pobre mujer y de su cuñada y de las chicas! ¡Medio muertas de hambre las cuatro, sin atreverse á alzar los ojos ante su verdugo! ¡Y tan buenas! ¡Las niñas, dos ángeles del cielo!... La mujer, una santa; la cuñada, una víctima, á quien Lucas tenía en clausura casi, casi perpetua, oculta del mirar de los hombres por miedo á que alguno petase y viniera casorio, y tuviera que dividir con otro la herencia del suegro, guardada ahora y administrada por él solo. ¡Dividir la herencia! Primero le abrían en canal.

Sin contar los huéspedes fijos, tenía que prevenir habitaciones para otros invitados: el alcalde, el juez, el cura, el secretario del Ayuntamiento, ¡buen peje! y las familias de Beléndez y Lope Ruiz, dos richachones que hacían competencia á su padre y con su padre regían los destinos del pueblo. Estos invitados no pernoctaban, pero había que contar con la siesta.

Afortunadamente, en el cortijo sobraban camas y sobraban alcobas. Acomodo tendrían todos conforme á los gustos y exigencias de cada cual.

Ayudada por María, revolvía Julia las habitaciones del ala derecha, al objeto de disponerlas para recibir á los aristócratas.

Bien podían agradecerle sus cuidados. No gustaba de emplearse en faenas caseras. Estropean las

manos, y Julia reverenciaba devotísimamente las suyas, estrechas y blancas manos de princesa, en cuyos remates adquirirían las uñas transparencias color de rosa.

Parecía estatua de mármol levemente enrojecido por el perezoso caminar de la sangre, aquella mujer.

Pequeña era y apoyada en un cuello esbelto su cabeza, de ojos grandes y azules, de recta nariz, de labios finos y severos. Como un casco de oro se arrollaba la cabellera rubia en torno á su frente dominadora, á sus sienes dulcemente azuladas, á su nuca ambarina. Delgado, sin flacuras, erguíase el cuerpo dibujando contra la vestimenta los senos breves y altos, el trazo robusto de los hombros, la curva suavísima que bajaba de la cintura para modelar las caderas y difuminarse en el contorno de las piernas, un sí es no es alargadas, y en el lineaje de los pies, estrechos y puntiagudos, al igual de las manos.

Peinado á lo frigio el pelo rubio, libre la garganta por el descote, y por la abertura de las mangas los brazos, rememoraba Julia, con la bata caída en ro-pón al largo de su cuerpo, á las Minervas y las Junos salidas del cincel praxitélico para adoración de los griegos. Y eso era, estatua viva de belleza, hecha para adorada, para dejarse adorar fríamente, impasiblemente, no devolviendo las adoraciones, permitiendo, á lo sumo que alguien la cogiera y la levantara con sus brazos para ponerla en altar digno de su hermosura.

A ese altar la conduciría el noble arruinado que iba á casar con ella; por eso le aceptó. Bien venido el novio y la boda cuanto antes para irse con Alber-

to á Madrid, á conquistar con los blasones de él, con los millones de D. Anselmo y con su belleza, la soberanía del gran mundo, de su mundo, porque el mundo suyo era aquél, no el dominado por su gente.

¡Su gente!... Por mitad, si acaso, lo sería. La otra mitad... Julia estaba al tanto de las murmuraciones, sintiéndose orgullosa de ellas, que la proclamaban criatura bastarda de un duque.

Para alojar á la condesa dignamente no precisó grandes trabajos. Destinó sus propias habitaciones á la vieja señora: una espaciosa alcoba con cama y armarios de roble, butacones de seda y cómodo diván moruno; junto á la alcoba el tocador; frente á él un gabinetito á la moderna por sí la señora quería estar sola ó "recibir," con independencia absoluta.

Las habitaciones de Alberto diéronle más trabajo. Entendía poco de habitaciones masculinas puestas con elegancia. Su hermano Juanito era hombre de fácil componer.

—En fin, listo se hallaba todo. Podían venir cuando gustasen los viajeros.

Por don Anselmo hubieran podido venir antes. Estaba pronto desde el amanecer; nada había cambiado en su perjeño usual: La chaqueta campesina de hilo, abierta sobre la camisa; el calzón corto de pana ceñido por la faja negra de seda; las polainas sobre los zapatones, y sujeto aviado. Quien le quisiera así, que le tomase; quien no, que diese media vuelta. No había cuidado. No se irían los huéspedes.

A oler y á tentar las onzas que guardaba Anselmo en sus arcones, venían afanosos los condes. Es decir, el conde, porque la condesa á regañadientes

venía. Era de las que ponen los blasones por encima del oro. Sólo por su hijo consentía el noviazgo.

—¡Los blasones por encima del oro!... Ni por encima ni por debajo. ¿No es verdá tú, Juanón?— exclamaba don Anselmo, encarándose con el apearador, que era su confidente. — A la par, Juanón, á la par; y, cuando se pué, juntarlos, que es lo que voy yo á hacer. Al condesito le hace falta oro pa que reluzcan sus blasones; á mí se me ha puesto entre ceja y ceja tener blasones, pa que mi oro resulte viejo y no de nuevo cuño; pues ahí te va mi hija, condesito; tráe pa acá tus blasones, y vayan las onzas pa allá y názcaos un crío, y en él se arrejunten el condao y las rentas. Es lo que debe hacerse cuando estas dos cosas tan buenas andan separás y desparcias por el mundo.

—Y no creas, Juanón; no creas que té es en mi vanidá. También hay sus miájas de negocio. Hipotecaos, muy hipotecaos y muy entrampaos y muy embarullaos, están los caudales del que va á ser mi yerno; pero si me hago cargo de ellos, los repongo; ¡jura tú ya que los repongo y me saco de ganancia unos miles de duros! Ya me conoces tú; pa esto de rebañar el dinero y de hacerlo crecer, valgo más que los condes y que los duques; y perdóneme el difunto duque que, á vivir, bien lo podía atestiguar.

—Verdad es, señor— responde el padre de María— y no se descuide en salir á la portalá, que suenan las campanillas por el recó de la cuesta.

Don Anselmo baja al portalón del cortijo y se reúne á su mujer, á Julia y á la servidumbre extendida tras ellas...

Entre nubes de polvo, son de campanillas y cruji-dos de fusta avanzan las jacas por la cuesta, á tendido é igual galope. Juanito las anima con la voz, puesto en pie en el pescante, pronto á cualquier evento el brazo de las riendas; ágil el de la tralla para dirigirla á la jaca de punta si ésta se revuelve ó des-manda. Junto á él está Alberto, rebujado en el cubrepolvo de dril y encajada sobre los ojos una gorra de viserón.

La condesa va dentro del carruaje con una anciana, que es su dama de compañía. Va como de por fuerza; claro lo dicen sus miradas que parecen querer retardar el avance bravo de las jacas.

Un gesto de repulsa se marcó en el rostro de la condesa cuando don Anselmo se acercó á ella con las dos manos extendidas. Una contracción de asco cuando los labios de doña Teresa besaron sus mejillas.

Julia le ofreció el brazo para conducirla á sus habitaciones.

—La dejo á usted sola— exclamó— para hacer su tocado. El viaje es penoso ¿Quiere que suban á ayudarla?

—Gracias. Encarnación me ayudará.

—Entonces, hasta luego. Cuando esté pronta, avise; basta tirar de esa campanilla. Subiré yo misma á conducirla al comedor. Hasta luego, condesa.

Encarnación cerró la puerta, y la condesa, dejándose caer contra el diván moruno que decoraba el dormitorio, rompió á llorar silenciosamente, sin suspiros, sin ayes, en anchos lagrimones que resbalaban lentos por entre sus dedos de marfil.

IV

Habían sonado las once en las cinco iglesias del pueblo. La última campanada de todas pareció prolongarse, alargarse, para llegar donde trajinaban los segadores.

Ninguno levantó la cabeza en actitud de recoger las vibraciones de aquella última campanada. Tampoco la habían levantado para escuchar las precedentes. ¿A qué fin?... Aquella hora no era la suya, no traía, con su postrer minuto, el descanso.

La atmósfera era incendio; un incendio sin llamas; un vaho quemante que de todas partes venía ahuyentando á los pájaros que, ocultos entre los árboles del inmediato bosquecillo, no se atrevían á piar. Ni una bestia se vislumbraba en la llanura. Los toros dormitaban bajo los matorrales; los insectos mismos habían dejado de zumbar, aletargados, amorrados por el implacable calor.

Los segadores trabajaban. El sudor brotaba á chorros de sus frentes; los hombres recogían aquel sudor con los dorsos de las izquierdas manos y lo despedían con fuerza, á lo lejos, contra los surcos. Diríase que sembraban la semilla de un fruto desco-

nocido que, andando los tiempos, había de parir la tierra. Las espaldas y los cogotes de aquellos hombres humeaban, como si los hombres ardieran. Era sudor evaporizado por el fuego solar. Relumbraban las hoces tal que armas de combate, templadas y afiladas en curva para cortar miembros á cercén. Ahora cortaban mieses.

Al caer éstas, las espigas se movían pausadamente, tristemente, como rubias cabecitas agónicas.

Cuatro chicuelos—doce años contaría el mayor— escoltaban á los segadores, recogiendo y anudando los haces.

—¿No cantas, Curro?—gritó Manuel, que hacía punta en la cuadrilla.

—¡Cantar! ¡Si cantar!—respondió el interpelado con voz ronca.—¡Como no fuese *el gori* por quienes yo me sé!... Eso lo cantaré á gusto, manque el pollillo de la paja se me atravesara en el gañote y, á cuenta de aire, se me entraran por el pecho carbones encendidos.

—Pa tó habrá—dijo otro.

—Sus quejáis sin razón—añadió uno, que segaba junto á Manuel.—Verdá que se súa de firme; pero se cobra el jornal y se come. Pior son los inviernos, cuando se tiritan con los brazos cruzaos y las tripas más huecas que un silbato. ¡Si mos quejarámos entonces! Pero cualisquiera se queja. Mos harían entrar en calor á sablazos y mos darían á comer basas: tal como la otra vez. ¿Sus acordáis de la otra vez?...

Un estremecimiento sacude á los obreros, que se encorvan con mayor curvatura y mueven más deprisa

sa las hoces. Se miran de través, con recelo, como si cada uno fuera enemigo de quien junto á él está; como si cada uno, de cada uno, temiese una delación ó un engaño.

Manuel, que ha enderezado el cuerpo para verles y oírles, suspira desalentadamente y se encorva como ellos.

La tarea sigue sin otra voz que la de los roncós alentares, sin otro acompañamiento que el ris-ras seco de las hoces.

El sol, próximo á su cenit, no es ya rojo; blanco es. Como un diamante colosal tiembla bajo lo azul. Sus rayos descienden perpendiculares privando hasta de su propia sombra á los braceros, recortando sus imágenes escuetamente, ferozmente, tal que dibujadas á hachazos.

Dos nuevas figuras se abocetan al pie de la montaña, en el sendero que conduce al cortijo. La una es un jumento. Va despacio, volviendo al cortijo la cabeza, sacudiendo las orejas, en protesta de que le hagan ir monte abajo á tal hora y con sol tan duro. "Sólo á criaturas humanas se les ocurren estos disparates—debe pensar el burro.—Lo malo no es que á ellas se les ocurran—debe seguir pensando—lo malo es que se les ocurra obligarme á mí á acompañarlas.

La otra figura es de mujer. Cubre su cabeza ancho sombrero de palma. Marcha junto al pollino, aguijándole con una vara, forzándole á acelerar el paso; precediéndole muchas veces con andar gracioso y moceril.

Hacia donde están los segadores dirige su camino. Los segadores no la ven. Vueltos de espalda á ella,

continúan esgrimiendo las hoces, recogiendo con los dorsos de las izquierdas manos el sudor que chorrean sus frentes y arrojándolo contra los surcos, mientras humean sus cogotes y espaldas como si los hombres estuvieran cociéndose por dentro, rellenas las entrañas de lumbre.

—¡Eh!—grita la mujer llegando junto á los brazos—¿Os habéis quedao ciegos, ó le habéis tomao cariño á la mies?... ¿No veis que son las doce?...

Respondiendo á su dicho, doce campanadas sueñan en el reloj del Carmen. A la primera campanada arrojan los segadores su hoz, enderezan los cuerpos y respiran á pulmón pleno, encarándose con la hembra que les llama.

Es María, la hija de Juanón, el aperador. Manuel sonrío al verla. Ella devuelve la sonrisa con un mirar serio y apasionado de sus ojos sombríos.

—Toda la gente anda ocupá en el cortijo—exclama.—Si no me acuerdo os quedáis peristan. Gracias que me acordé. Aquí están los avios: Las hogazas tiernas; el agua y el vinagre hechos purita nieve; el aceite como pa que sobre chorrá; la sal...

—La sal no faltará nunca haciendo tú el gazpacho.

—Gracias, Curro. Y déjate de cumplimientos y á aviar el gazpacho á la sombra de aquellos árboles. Hay allí cuatro higueras juntas; bajo ellas cabe solamente un ejército de soldaos. ¡Conque hala! Supongo que no faltará ninguno al toque—añade María riendo á carcajadas.

Uno falta. Perico, el más pequeño de la banda; un niño de diez años. ¿Dónde está?

Caído entre las espigas, inmóvil, con los puños cerrados, la faz roja, los ojos en blanco, la boca entreabierta y las venas del cuello negras, abultadas, tirantes.

—¡Es el sol, el sol perro que lo ha tumbao!—grita María cogiendo al niño entre sus brazos y corriendo con él hacia el inmediato bosquecillo.

—No es el sol. Son los hombres—murmura Manuel bruscamente, siguiendo á María con un cantarillo de agua en alto.

Los demás hombres les siguen también, mascullando blasfemias, levantando los puños, amenazando á algo, á alguien cuyo nombre no osan pronunciar.

—¡No es nada! No es nada—dice alegremente María—¡Ya respira el mocoso! ¡Ahí te va más agua, galán!—repite, rociando con la del cantaruelo el amoratado rostro del chico.—¡No vale morirse, que estoy yo aquí y el gazpacho á tres cuartas!... ¡Buen susto nos has dao! Gracias que acudimos á tiempo. Debía hacer segundos que diste en tierra con el ahogo. ¡Ánimo, monín! ¡Bebe un traguete de agua!...

María sostiene la cabecilla morona del rapaz y le obliga á beber. Por sus mejillas corren lágrimas.

—¡Qué buena eres!—dice por lo bajo Manuel.

—Mejor será el gazpacho; voy por él, que lo traigo en el burro. Tú, criatura, túmbate aquí, á la sombra. Luego que te refresques, poquito á poco y encimita del animal, tiras pa el cortijo. Hoy se acabó el trabajo pa tí.

María echa á correr, y corriendo torna con el burro.

— ¡Ea!—grita.— ¡A meter mano á las hogazas! ¡A partir los sopones! El majao lo traigo hecho. ¡Arri-
ma el cazolón, Manuel! ¡Mano á las cucharas, com-
pares! La primer cuchará es la de Periquin. Pan no
hay que darle; pero el caldo le vendrá de perilla.

Comen los hombres en silencio, espaciando las cu-
charadas, recreándose en la agriez refrescante del
caldo, mascando y remascando los sopones jugosos,
recogiendo con las cucharas el moje de tomate y pe-
pino que, hecho pasta roja, llena el fondo del cazo-
lón. De cucharada á cucharada hacen pausas que
llenar con alentares anchos, con tragos del aire-
cillo que va y viene por entre la sombra, bajo las
higueras copudas.

El cazolón vuelve á llenarse; esta vez con caldo
no más. De mano en mano pasa. Los segadores lo
vacían sin prisa, á sorbos lentos, como si quisieran
prolongar aquel agrio rocío que da frescura á sus
entrañas.

— ¡Sansacabó! —dice María, recogiendo los cachi-
vaches.— Tú, Manuel, ayúame á poner esto en las
alforjas. Tú, Periquin, al burro, y aprisita con él.
Ahí te va mi vara pa aguijarle y mi sombrero pa
que te chunguees del sol. Yo me tocaré con el pa-
ñuelo. Buena siesta, señores.

Los jornaleros despiden á María con los ojos me-
dio entornados, rechupando perezosamente los pi-
tillos, buscando bajo las higueras un acomodo á su
dormir.

— Cuando se duerman tós—suspira María en el
oído de Manuel, mientras carga éste los cachivaches
en el burro—vete pa el huerto de la ruina. Allí te

espero. Hemos de hablar. El muchacho seguirá con
la bestia al cortijo.

Lllaman el huerto de la ruina á una finquilla aban-
donada que se alza tras de las higueras, en una
especie de barranco abierto sobre la llanura. De la
casa sólo resta en pie un paredón; la cerca se des-
portilla por cuatro ó cinco sitios, dejando libre el
paso. Según que fué desplomándose la obra huma-
na, fué ganando en hermosura y majestad la obra
de la naturaleza.

Un jardinillo rodeaba la casa cuando ésta era ha-
bitación de hombres; planteles de rosas, de clavelli-
nas, de alhelies, de margaritas y jacintos se criaban
allí; pero se criaban apartados los unos de los otros,
en parcelas minúsculas. El abandono de los hombres
dió libertad á los vegetales prisioneros. Buscáronse
como amantes después de una separación, locamen-
te, enlazándose, apretujándose los unos con los
otros, desparramando, de un extremo á otro de la
cerca, el mar de sus hojas, la multicolor paleta de
sus flores; elevándose á alturas nunca conseguidas
por ellos; construyendo pasadizos y camarines don-
de apenas penetraba la luz, donde no llegaban pupi-
las de curiosos. Tapizados y entechados eran pasa-
dizos y camarines con tapices verdes, con guirnal-
das fragantes de rosas y claveles, de alhelies y mar-
garitas, de jacintos y dalias.

A uno de estos camarines condujo María á Ma-
nuel.

— ¿Por qué huyes de mí?—le dijo tristemente, ha-
ciéndole sentar á su lado sobre el tapiz de hierba.—
¿Qué te hice para que tan malamente me trates? An-

tes te acercabas á mí; me buscabas á todas horas, metías por estas orejas palabras de cariño. De pronto huyes. ¿Es que ya no me quieres?

—Temo quererte demasiado: temo que no me quieras como necesito ser querido, cuando quiero, cuando quiera, como he estado á punto de quererte.

—¿Qué dices ahí, Manuel?

—La verdad. Lo tuyo, María, no pasa de capricho, de entretenimiento de moza que comienza á vivir y gusta los requebreres de los hombres.

—¡Manuel!

—Tú eres joven, diez y ocho años; una criatura para mí, que cumpliré pronto los cuarenta. Porque me oiste requebrar unas mijajas más galán que los otros, pusiste en mí esos ojazos negros. Con ellos verás muy pronto mi vejez y buscarás palabras nuevas, palabras de mozos de veinte años, que estarán peor dichas, peor sentidas que las mías; pero siempre tendrán, lo que las mías dejarán de tener muy pronto, sones de juventud. Por eso me alejo, por eso huyo de tí. No soy ningún tonto. Ello sucederá. Más vale cortar este querer en su nacimiento, antes que eche raíces y tenga que arrancarlas y, al arrancarlas, me lleve tras de las raíces tiras del corazón.

María escucha silenciosa las frases de Manuel, puestos en él los ojos, fruncida la boca, el alto pecho palpitante.

—¿En su nacimiento, dijiste?—responde apartando los ojos del varón, poniéndolos en tierra, llenándosele de carmín las oscuras mejillas.—¡En su nacimiento!... Hace tiempo, más tiempo del que tú ima-

ginas, que el querer mío echó raíces. Aun no contaba yo doce años.

—¿Qué?

—Fué un día—murmura ella, aumentando en rubores y en premuras del alentar.—Fué un día, hablo mal, una noche, en que andaba con otras chicuelas por junto del teatro. Había mitin esa noche. Era cuando los trabajadores formaban sociedad.

—Mucho hace.

—Mucho. Tenía yo doce años. “¿Vamos á entrar?”, dijo una de nosotras; oiremos hablar á los hombres y tendremos pa rir.” Entramos. Había mucha gente.. De puro niñas que éramos, y como por gracia, nos dejaron pasar delante. Estabas tú hablando. Hablabas de cosas que no entendía entonces; apenas si ahora las entiendo del todo. Hablabas de justicia, de un mundo nuevo donde seríamos hermanos, donde no habría más religión que la del amor. Hablabas, no sé cómo decirlo, pero tus palabras se entraban en los corazones. La gente gritaba y aplaudía; yo también aplaudí; también se me entraron en el corazón tus palabras y tú entero con ellas. Cuando llegué á mi casa; cuando, metidita en la cama, dí un soplo á la luz, te me apareciste hablando como en el teatro. Te veía mismamente que allí y oía los aplausos y escuchaba las voces. Al dormirme soñé contigo. Al despertar, dentro de mí seguías. ¿Ves si hace tiempo que te quiero!...

—¡María! .. ¡María!—murmuró Manuel, oprimiendo dulce, paternalmente casi, las manos de ella entre las de él.—¿Es cierto que me quisiste, que me sigues queriendo así?

—Más que entonces; porque ahora soy mujer; porque ahora comprendo mejor lo que hablabas entonces; porque sé lo que eres pa mí; porque tal como eres te veo, con más valimiento, con más hombría que los otros. Ahí tienes. ¿Dudas aún de cómo te quiero? ¿Crees que los mozos pueden apartarme de tí? ¡No seas tontaina! Si no te pareces á los otros hombres, tampoco me parezco yo á las otras mujeres.

—¿Pero es verdad que así sientes, María!—gritó el hombre en voz baja.—Entonces serías para mí la compañera, la que se halla una vez, una sola, en la vida. Entonces este corazón mío podría ser dichoso, como pensaba serlo después de conocerte, de hablarte; antes que la duda y el temor me hicieran alejar de tí...

María no dió respuesta con la voz. Sus grandes ojos se pusieron en los de Manuel muy abiertos, como si quisieran mostrarle entero, por tan hermosísimos cristales, el fondo de su espíritu.

Manuel, silencioso, confuso, con manos temblantes, de anciano ó de chiquillo, atrajo á él á María. Estuvo cerca el beso. Al ir á darlo, Manuel soltó á la joven, se puso bruscamente en pie y suspiró, con entonación dolorosa:

—No. No es posible. Lo de entonces, como lo de ahora, fué sueño de chiquilla; deslumbramiento, capricho, ¡qué sé yo! Yo te querría seriamente, poniendo en mi querer todas mis energías de hombre. Fuera horrible que tras ponerlas, me burlaras, no por tu culpa, por la mía, que no comprendí la verdad, que no ví clara la distancia entre tu juventud

que empieza y mi juventud que concluye. ¡Creerte ahora, tomar en serio tu querer!... ¡Y luego, dentro de unos días acaso, lo natural, lo inevitable!... No, María, no. Separémonos para siempre. Sé feliz. Yo procuraré serlo.

—¿Dudas aún?

—Algo peor. No creo.

—¿Que no crees en mi cariño? ¡Aguarda, aguarda!—sollozó María, asiéndose de Manuel, dispuesto á marchar.—¡Necesito que tú me creas! ¡Mi alegría se va contigo, si te vas! ¿Qué haría para que me creyese?

Hubo una pausa en la que Manuel bajó los ojos, mientras ella dirigía los suyos á la bóveda tapizada con flores, pidiéndole una idea, una prueba decisiva para convencer al amado. Sus ojos relumbraron al fin; su boca se contrajo, sus mejillas se cubrieron de palidez, su cuerpo retembló.

—Oye, Manuel—dijo gravemente.—¿Me tienes por honrada?

—Sí.

—¿Crees que una mujer honrada sólo se da á un hombre, cuando le quiere de verdad, cuando está dispuesta á ser suya para toda la vida?

—Sí.

—Tómame.

Y cayó en brazos del varón; y fué suya bajo la bóveda de flores por donde se cernía el sol, consagrandolo la nupcia, dorando con el incienso de su luz aquellos dos cuerpos que se desplomaron lentamente, calladamente, contra el verde tapiz.